



EL
PENSIL
DEL
BELLO SEXO





REVISTA
DE
BELLAS ARTES





EL PENSIL DEL BELLO SEXO.

Periodico semanal de literatura, ciencias, educacion,
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripcion, véase la última página.

ADVERTENCIA.

En el número de hoy cumplimos á las señoras suscritores la oferta que se les hizo de una piezecita de música para piano del nuevo baile la ESMERALDA.

UN POQUITO DE HISTORIA SI OS PLACE.

LAS AMAZONAS.

Nuestra historia, lectoras carísimas, abunda en extravíos lamentables, y la vuestra los tiene también, aunque mucho menores en número. De todos ellos, ninguno me han parecido tan chocantes como los que han resultado de querer los hombres desempeñar el papel de mujeres y las mujeres el papel de hombres. Hércules hilando á los pies de Onfale, y Myrina descargando mandobles al frente de sus escuadrones femeniles, son para mí dos tipos tan así, que no puedo avenirme con ellos, por mas que otros y otras los miren de muy diferente manera.

Una tradicion antiquísima, creida como cierta por unos, y llamada fabulosa

por otros, habla de un pueblo ó tribu de mujeres, que dedicadas á la profesion de las armas, formaron largo tiempo un estado temible, separadas de toda relacion que pudiera decirse normal con la otra mitad del género humano; es decir, con nosotros los hombres. Yo entiendo que en esto, como en todas las cosas, habrá exajeracion y no pequeña, pero el hecho en el fondo es histórico, siendo, en mi humilde modo de ver, hasta temerario el negarlo. Sin recurrir á tiempos tan remotos como los á que se refiere este artículo, tenemos en la historia de Bohemia la para siempre memorable Vlasta, mujer belicosa y audaz, la cual concibió en el siglo VIII de nuestra era, el singular proyecto de formar un estado, sino mujeril todo él, porque esto no era posible, organizado al menos de tal modo, que fuesen en él las mujeres las que en todo dictasen la ley, debiendo obedecerlas los hombres en cuanto les quisiesen mandar. Llevada de esta idea atrevida, y conociendo que su realizacion consistia en hacerse respetable recurriendo á la fuerza de las armas, perfeccionó la organizacion mili-

tar de sus valerosas paisanas, inscriptas en las compañías de la Princesa Libussa, estableciéndose con ellas en el monte Vidbleo. Derramándose desde allí por toda la extension de la comarca, fué durante ocho años el terror de Bohemia, llevando á fuego y sangre con sus guerreras cuanto se le ponía delante. Apurado con esto Przemislas, rey de la susodicha nacion, se vió en precision de pedirle la paz; pero ella se negó á admitir sus proposiciones, y prosiguió la guerra con mas furia, publicando el célebre código en el cual se proclamaba el gran dogma de la inferioridad y dependencia del hombre respecto á la mujer. La suerte desgraciadamente no quiso coronar sus deseos, porque revolviendo Przemislas contra aquella terrible Belona, tomó por asalto el fuerte de Vidbleo, y Vlasta pereció en el combate.

El resultado fue, lectoras mías, como se debia esperar, porque la fuerza no es el patrimonio que el cielo ha concedido á la mujer, bien que en determinadas ocasiones haya habido mas de una *individua* capaz de amedrentar al mas pintado. Pero yo no he contado este hecho, que, como veis, es curioso, sino para probar que siendo él cierto, no es macho lo sea tambien lo que tantos escritores refieren de nuestras Amazonas en cuestion, siendo irracional, como digo, relegar al pais de las fábulas esa tradicion antiquísima. Margarita de Anjon, Juana de Arc, su tocaya la célebre Achete; las mujeres que con el nombre de *libres* se distinguieron por su ferviente empeño en emanciparse del hombre en los tiempos de la revolucion francesa, tales como Catalina Theos, Olimpia de Gouges, Ana María de Schurmann etc., etc., las guerreras que en nuestros mismos tiempos hemos visto batallar con los franceses cuando la lucha de la Independencia, tales como Agustín Aragon y la célebre condesa de Bureta; y otras mil, en fin, cuyos nombres forman una lista nada despreciable en las historias de otros muchos pueblos, hacen ver igualmente que es inutil tener como quimera en un todo lo que de las Amazonas se cuenta.

Lejos de mí, lectoras amantísimas, censurar á esas bravas mujeres que armadas en defensa de su Patria, y animando al combate á los hombres, han sabido mostrarse heroínas en toda la extension de la pala-

bra. Yo las miro con ojos de envidia, con veneracion religiosa; pero esas escepciones de regla no me iludirán hasta el punto de quereros á todas *soldadas*, disputando su oficio al sexo fuerte. Bonita seria por Dios esa sociedad ya harto fea, si hubiera entre vosotras muchas Vlastas como la bohema de arriba.

Las Amazonas fueron unas locas, cuando no otra cosa peor; y esto, hermosas lectoras del PENSIL, sea dicho con vuestra licencia, con todo el respeto debido á vuestro dignísimo sexo. Tres son las tribus mujerieles, ó llamadas naciones si gustais, de que hacen mencion los autores: 1.^a la de las Amazonas africanas, que despues de haber combatido y hecho portentosas conquistas bajo el mando de su reina Myrina, fueron al fin exterminadas por Hércules: 2.^a la de las Amazonas asiáticas, que fueron las mas célebres de todas, las cuales habitaban en el Ponto junto al rio Termodoonte, y habiendo hecho la guerra por toda el Asia, edificaron la ciudad de Efeso. Su reina Hipólita murió tambien á manos de Hércules; mas no por eso decayeron de ánimo, puesto que despues se las vió invadir el Atica, y socorrer mas adelante á Priamio en el célebre sitio de Troya, comandadas por la reina Pentisilea. La del mismo rango Talestris hizo una visita á Alejandro 330 años antes de la era cristiana, desapareciendo poco despues toda aquella nacion de mujeres, sin saberse cómo ó porqué, pues la historia no dice nada de ellas con posterioridad á aquellos tiempos: yo sospecho que la tal desaparicion consistió en que al fin tuvieron seso, y dejaron de ser semi-hombres para convertirse en mujeres, como Dios y su sexo mandaban: 3.^a las Amazonas escitas, emanacion ó rama de las asiáticas, las cuales guerrearon con los vecinos de su pais, y acabaron por casarse con ellos, que fué, á no dudar, lo mejor que pudieron hacer.

Este artículo, empero se dilata mas de lo justo, y es fuerza reservar su conclusion para el número próximo.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPÉ

DOS HERMANAS.

(Conclusion),

Excusado es decir que estos quince dias pasaron con la misma velocidad con que

suele pasar todo en la vida. La boda pues debía ya verificarse al día siguiente. Corridas ya las amonestaciones héteme aquí de nuevo haciendo á Inés y á su familia los mismos preparativos de fiesta. Esquelas de convite, invitaciones amistosas, todo se procuró con tiempo, todo contribuyó á que la boda de Inés tuviera la solemnidad conveniente.

Si cuando su primer enlace con Rafael habia estado contenta y satisfecha Inés, en la actualidad su locura rayaba en frenesí. Además de la casi absoluta identidad de circunstancias que concurrían en los dos partidos, habia una á la sazón que la hacia mirar el matrimonio como la única tabla en que podia salvarse de un eminente naufragio su título, y mas que todo, la honra de su padre y de su familia. El baron de Presville, viejo calavera y libertino, habia disipado en el juego la dote de una sobrina suya, cuyo padre la habia nombrado tutor. La niña habia llegado á la edad en que segun la ley, podia reclamar su dote y lo habia hecho así por medio del sugeto con quien habia contraído enlace. Era este un militar que no conocia mas ley que la fuerza y así la primera amonestacion que le hizo, fue amenazarle con la justicia, y colmarle de mil dicitos. La suma que el baron tenia que devolver ascendía á doscientos mil reales.

Fácil es suponer que esta cantidad la esperaba del esposo de Inés. Nicolás era un muchacho espléndido y no habia de ir á exponerse por un piquillo semejante.

Renovóse entonces la misma escena que hacia medio año habia tenido lugar con motivo del anterior enlace. Pero lo que es por esta vez el caso llega mas adelante. Ved sino ya á los novios dirigirse á la iglesia é ir llenos de gozo y alegría. Todo está ya preparado en el templo de Dios para tan augusta ceremonia: el sacerdote revestido del roquete y la estola aguarda á los dos afortunados esposos. Por esta vez los acompaña la tierna María, la cual parece participar de la felicidad de su hermana, segun lo alegre y risueña que vá. Contrasta su simple vestido con el lujo de su hermana, pero á los ojos de cualquiera, agradaria mas la guirnalda de rosas blancas, simbolo de pureza, que orlan y ciñen su cabello, que el magnífico aderezo que brilla sobre la frente de Inés.

Pero cosa rara tambien: si la vez pasa-

da falto el novio á la cita, no apareciendo por la casa de la novia, esta vez la broma ha pasado mas adelante, esta vez ha desaparecido el novio despues de estar ya en la iglesia. Los convidados que tenian el recuerdo del ejemplo anterior comenzaron por asombrarse para acabar por mirarse entre sí y sonreirse. Inés no pudo contener entonces su ira y despecho: aquella vez la burla habia sido muy cruel. Cambiósele el color del rostro y le faltaron casi las fuerzas para tenerse en pié. Así pasaron media hora sin que el novio apareciese. Ya las gentes burladas, estaban por marcharse cada uno por su lado, riéndose á carcajadas de tan extraño suceso, cuando se vió salir de enmedio de la oscuridad que envolvía las naves lejanas de la iglesia, un bulto que se dirigía á pasos agigantados hácia la comitiva. Al llegar á la concurrencia pudieron todos reconocer á Rafael. Entonces era él el mensajero de otra nueva parecida á la que en otra ocasion habia dado Nicolás respecto de su persona.

—Señores, dijo, hace medio año, Nicolás me armó una celada y me metió en la cárcel para evitar que contrajese un enlace con esa señorita que teneis ahí, y que habia dicho amarme: entonces me imposibilitó de conseguir lo que yo creia mi felicidad, pero despues he aplaudido su idea. En el día no he tenido yo necesidad de usar con él de igual medio, porque mas advertido, tenia tomado un asiento de la diligencia y á la hora de esta estará ya andando camino de Francia; él no se habia propuesto mas que hacerme ver la falsedad de esa señorita, y lo ha conseguido completamente. Pero ahora, señores, ya que veniais á presenciar un enlace, quiero que no os quedeis sin él. Y luego dirigiéndose á la pobre María, que estaba entre encendida y suspensa, la dijo: y tú, tierno y hermoso capullo, tú cuyo corazón ha padecido y sufrido tanto, ven ya á lograr la recompensa de tus sacrificios.

Todos los convidados se quedaron suspensos ante tal maravilla. Nadie sabia darse razon de lo que pasaba, y lo creían todo una escena de linterna mágica. Y sin embargo nada mas real que aquello. El sacerdote echó la bendicion sobre aquellos dos esposos, cuyas amonestaciones se habian corrido completamente, y cuyas diligencias matrimoniales se habian hecho ya,

y cuatro carruajes que había á la puerta de la iglesia recojieron á los nuevos consortes y á la comitiva.

Aquí debe advertirse que la licencia ó permiso de casamiento de parte del padre de la novia, le había adquirido Rafael por medio de un subterfugio. Nicolás la había pedido para él, y en vez de su nombre había puesto el de su amigo.

Aquel golpe hubiera bastado para acabar con otra cualquiera que hubiese tenido mas corazon que Inés. Ella no hizo mas que avergonzarse y correrse y romper en llanto. Pero su hermana estuvo allí para consolarla, aunque tampoco se lo merecía. Inés sin embargo rechazó sus caricias.

El baron, hecho un furioso, queria hacer y acontecer con los que le habian engañado y burlado de tal modo, pero no tuvo tiempo de ocuparse de tal cosa, porque habia otro negocio que le apremiaba mas.

El último plazo que el baron habia pedido para pagar los 200,000 reales espiraba aquel dia. De dónde pues puede sacar aquella cantidad? cómo salvar su honra de tal modo comprometida? Cuando la familia se puso á pensar en aquello, se convirtió la casa en una Babilonia. El padre frenético y desesperado amenazaba con tirarse un pistoletazo: la madre se despedazaba llorando; y finalmente Inés, la orgullosa Inés, hubiese querido en aquel momento que se la tragase la tierra por no ver tal mengua y baldon. Por fin, el padre se decidió por la determinacion de ir á ver á su pupila y ofrecerle por los diez mil duros que no podía pagar la renuncia en su favor de aquel vano título que poseía. Entonces se le ocurrieron mil reformas que introducir en la casa y pensó para vivir, en unas pocas tierras que le quedaban de la herencia de su mujer. Aquello era poco pero era al menos algo. Mas esto no satisfacía á Inés. Verse mas oscurecida todavía, bajar aun de condicion! oh! esto era para ella una idea horrible. Sin embargo su padre era temible, estaba á punto de hacer cualquier cosa; y por fin tuvo que condescender con que se pidiese la autorizacion real para la trasmision de su título.

Pero, ¡oh asombro de generosidad! cuando el baron llegó á casa de la que habia sido su pupila se halló que Rafael ha-

bia pagado los diez mil duros, y por lo tanto, que no debía nada.

Al saber Inés esto fuése á buscar á María y se echó en sus brazos y lloró de gozo. Esta la recibió con el mas tierno cariño. «Ves todo lo que tengo, la dijo, pues todo es tuyo: desde hoy espero poder gozar de las dulzuras que proporciona el amor de una hermana querida. Me has privado tantos años de este consuelo!»

Aquí llegaron las dos hermanas y aquí vamos á concluir nosotros; pero antes diremos algo de la suerte que cupo á nuestros héroes.

El calavera de Nicolás, vivió en París por espacio de un año y conservó durante toda su vida la mayor amistad á Rafael á quien decia haberle sacado «de las uñas del demonio.» Este último vivió en la mas completa felicidad en el seno de una esposa tierna. Respecto á Inés, si bien la costó algun tiempo rehacerse de la pasada burla no por eso dejó de tener otra proporcion de matrimonio, la cual aceptó aunque el novio no tenia los caudales de sus dos primeros amantes. Ella tambien algo desengañada, hizo feliz á su esposo, pero tuvo siempre la quimera de su carretela y sus caballos blancos. Rafael la regaló uno y otro y con esto se creyó completamente feliz. Habia sido un capricho de su juventud y al llenarlo parecia que llenaba á la vez seis ú ocho años de su vida. Tal vez en todo este tiempo no habia tenido otro pensamiento mas sólido. ¡Vanidad de vanidades y siempre vanidad!

R. DE SATORRES.

CANCION

DIRIGIDA A LA JOVEN PURANA, NUESTRA AMIGA YA SEÑ. D. MARIA DE LOS ANJOS CHAVES Y BEV.

¡Luz hermosa, Ray querida,
Rico palmar de anacra,
Que entre las Indias flores
Meceas las brisas del mar.
Luz hermosa de mi vida,
Si en alas del manso viento
Que el triste lamenta
De mí amoras penas.

Ven, no tardes, argel mio,
Que el signo de tanta ausencia
Las flores de mi existencia
Nacen entre el desamor.
Todo es para mí sombrío,
Lejos de nuestras festines,
En las exóticas cenizas,
Muere en su cuna el amor.

Y en vano finge el delirio
Ver en la sombra impertin
Brilla la luz de la luna,
Ardiente y bello si salcan,
Que mas avence el martirio
Y se haga el pensamiento,
Sin la luz del semblante,
De tu colorer man.

Trillas son cosas bellinas
Del trillado Guadalquivir,
Mas el sol no las ilumina,
Y es helado su ardor.
En nuestras playas marinas
Las nieblas brillan mas bellitas,
Nuestras aguilas doncellas
Son las virgenes del sol.

Y lá, mas bella que todas,
La virgen de Camacina,
Desdoro la hilaza fura
De tu seno virginal.
Ven con tu sendal de bodas
Cubierta de blancos fiors,
Ven con tus puros amores
Y tu aliento celestial.

Qué nos importa el destino
Que nos espava ineluctante,
Si es tan mi amor melancó
Y es tuyo mi corazón
Mas ¡ay! triste y peregrino
Te, de tu amor mi bien
¡Ay! ven á mis brazos, ven,
Para calar en mi pasión.

Madrid y noviembre 11 de 1845.

A. G. V.

ANA Y EDUARDO

ó

LA DOBLE PRUEBA DE AMOR.

Ana, la hermosa Ana, joven, soltera y rica, hallábase un día en su lindo gabinete, en frente de su amiga Lucía, viuda casquivana, ya entrada en edad y de nada agraciadas facciones. Eduardo, joven, galán y juicioso, futuro esposo de Ana, acababa de salir de la estancia.

—¿Que te parece mi amado Eduardo? preguntó Ana á su amiga.

—Es un joven galán, fino y discreto; pero si he de decir la verdad, me parece algo ligero de cascos, y creo que no es á propósito para hacer la dicha de una joven. El amor que te manifiesta se enfriará tal vez pronto, muy pronto.....

Al oír esto, dirigió Ana una mirada al espejo que tenía á su lado, y se vió tan bella, que no le hicieron impresion las palabras de Lucía: no obstante, volviéndose á ella.....

—Y porqué, la dijo, no me ha de amar siempre Eduardo?

—Eres hermosa verdaderamente, y sin duda inspiras amor, replicó Lucía; pero eres rica tambien, y acaso tu futuro esposo no mire en la posesion de tu mano sino el aumento que con ese enlace tendrán sus riquezas. Ana, tú eres la reina de los bailes; nadie valsa con la gracia que tú; tus bienes, tus atractivos y hermosura han enamorado á ese elegante; pero todas estas ventajas las puedes perder en un dia, y entonces ¿qué será del amor que te profesa tu futuro esposo, hombre de los de moda y nada mas?

—¡Lucía! exclamó Ana: qué placer experimentar en atormentarme! ¡Ah! mi tranquilidad es imposible con las dudas que has despertado en mi alma. Es preciso salir de la incertidumbre en que me has puesto. Quiero hacer una experiencia

que me desengañe, y desearia que en dos dias no te separases de mi lado.

Lucía consintió en acompañarla todo cuanto Ana quisiese, y esta escribió á Eduardo, suplicándole viniese á visitarla. Ana apareció triste á su vista, y le dijo con voz conmovida: os he mandado venir para libertaros de vuestra palabra y quedar yo libre tambien. Yo consenti en unirme con vos cuando mis bienes eran iguales á los vuestros; pero faltaria ahora á la delicadeza si no rompiese nuestros proyectos de enlace: demás que no podria resolverme á perteneceros cerca de pobreza y desnudez. Eduardo, me he arruinado. Mi hermano, el comerciante que tenia mis fondos, acaba de hacer bancarrota, y esa desgracia me ha alcanzado á mí. Sé lo que me contestará vuestra delicadeza y generosidad, pero estoy resuelta á no unirme jamás con un hombre tan rico como vos.

—Señora, no puedo menos de aprobar los sentimientos que acabais de manifestarme; mas sin embargo, permitid que os pregunte: ¿me amáis? Porque si no tenéis otros motivos para retirar vuestra palabra...

—Ninguno.

—Ah! ¡bendita sea mi estrella! Esa misma razon que os movia á separaros de mí, iba tambien á alejarme de vos. Ya sabeis que yo por mi parte no tengo otros recursos que los bienes de mi padre, quien me pasa una pension considerable. Pues bien, mi padre va á contraer segundas nupcias, y da todos sus bienes á la mujer con quien se casa. Ya veis que el cielo protege nuestro amor. Todos los obstáculos están allanados. Sí, Anita, vos podreis conseguir de vuestro hermano cuarenta ó cincuenta mil reales; la dote de mi madre vendrá á componer igual suma, y esto nos bastará para vivir tranquilos y felices con nuestro amor.

Los ojos de Ana recobraron su brillo y tendió la mano á este joven generoso. Eduardo se quedó aquel dia á comer en casa de su querida, y se manifestó tan alegre, tan festivo y dichoso, que Ana quedó contenta de su prueba.

—¿Qué te parece de los sentimientos de Eduardo? dijo Ana á su amiga, luego que aquel se marchó. ¿No responden del porvenir? Pero has comprometido mi dicha, haciéndome finjar un orgullo tan age-

no de mi carácter como del cariño que se deben tener los que se aman.

—Yo quiero convenir, repuso Lucía, en que es generoso ese joven; pero esa es una nueva razón para creerle débil bajo otro concepto. Tal vez se vanaglorie en pensar que solo tú, joven hermosa y gentil, eres digna de unirte con un joven tan galán como él; y entonces, si algún día llega en ti á descubrir alguna falta por pequeña que sea, á Dios ilusiones de amor, á Dios entusiasmo y cariño!

A la mañana siguiente recibió Eduardo una esquela concebida en estos términos:

«Nos engañamos ayer cuando creímos que el cielo protegía nuestra unión. Es preciso renunciar á nuestra dicha. Ayer, despues que os ausentásteis, quise salir á pasear, y al subir al coche resbalé, caí, y me quebré una pierna. Mis médicos han dicho que curaré, pero quedando coja para siempre. No, amigo mio, yo no puedo consentir en que tengais por mujer un ente, sobre pobre, estropeado, e incapaz de andar sin muletas.

Adios para siempre.—Ana.»

Eduardo marchó inmediatamente á ver á su amada. Ana le vió entrar en su estancia, pálido, tristísimo, descompuesto, y con un pañuelo de seda negro atado á la cabeza, cubriéndole parte del rostro y el ojo derecho. Ana tembló al verle. Sentada en su lecho, inmóvil, su tez blanca y rosada [resaltaba sobre la fina batista, y á pesar de los dolores y del insomnio de aquella noche, sus ojos brillaban cual siempre.

—¿Qué tenéis, Eduardo? que significa ese pañuelo?

—Señora, ayer, en cuanto partí de aquí, me fui á casa de mi amigo el conde, y habiendo determinado jugar una partida de florete, tuve un malhadado momento de distracción, y el florete del conde dió en mi ojo, y... ¡cómo ha de ser...! lo he perdido.

—Dios mio! esclamó Ana: ¡ha perdido el ojo!

—Sí, Ana; pero al recibir vuestra carta, veo que no tengo motivos sino para bendecir al cielo por este nuevo accidente.

—¿Cómo! ¿le bendecís por ser tuerto?

—Le bendigo, supuesto que sois coja. ¿No es preciso que nuestras fortunas sean iguales? El cielo, repito, protege nues-

tro amor. Ya veis, señora, que una coja puede muy bien casarse con un tuerto.

—¿Cuánto habreis padecido!

—Lo que vos con poca diferencia. Voy á proponeros un plan que he formado. Mi médico me ha dicho que cuando se cure mi herida, será fácil hacer desaparecer mi deformidad, reemplazando mi ojo perdido con otro de cristal, de esos que en el día se hacen con arte maravilloso.

Si vuestra pierna queda bien curada, como lo espero, no os quedará sino una pequeña cogera que tal vez añada una gracia mas á las muchas que ahora os adornan: entonces seguiré yo el consejo de mi médico; pero si vos teneis que recurrir á las malhadadas muletas, yo por mi parte no disfrazaré la deformidad de mi ojo.

A esta última prueba de amor, fuéle imposible á Ana el contenerse; y tendiendo los brazos á Eduardo, y llorando de amor y de emoción, reclinó la cabeza sobre el pecho de su amante.

—Yo he dudado de vuestro amor, amigo mio, he mentido para hacer prueba de él; pero no soy yo la culpable, sino Lucía, la cual ha querido persuadirme que seriais ligero ó inconstante, porque sois gallardo; infiel, porque sois amable; y argumentando así por el estilo, háme predicho desprecios por vuestra parte..... desprecios de que sois incapaz. ¿Me perdonais, amigo mio?

—Os perdono, mi querida Ana; pero bien haceis en decirme la verdad, porque al salir de vuestra casa iba á sacarme el ojo sin remedio.

—El izquierdo? dijo Ana.

—No, querida mia, el derecho, el que acabo de fingir que he perdido..... Antes de resolverme á arrancármelo, he querido saber hasta que punto tendriais repugnancia, Ana mia, en uniros con un tuerto.

Diciendo esto, quitóse Eduardo el pañuelo, y sus dos brillantísimos ojos se fijaron en Ana.

—No podia hacer mayor sacrificio que el de perder la vista á trueque de unirme con vos, privándome de ver claramente ese rostro angelical.

—Ay! amigo mio, replicó Ana llorando: yo os he engañado dos veces, pero estoy tan arrepentida, que merezco vuestro perdón. Eduardo, os he mentado: soy rica.

—Circunstancia, replicó Eduardo, que

causaría nuestra separación, si la casualidad no se empeñase en favorecernos aun. Mi padre en el momento en que iba á causar mi ruina, ha sentido renacer hacia mi todo su cariño, é informado de la ligereza de su querida, acaba de escribirme, diciéndome que si me decido á casarme, se obliga á vivir y morir viudo.

— ¿Qué dices á esto, Lucía? exclamó Ana, dirigiendo la palabra á su amiga.

Péro Lucía estaba avergonzada, y al ver el mal éxito de sus celosas insinuaciones, acababa de salir de la estancia para sustraerse á las miradas de reconvencción que le lanzaba el resentido Eduardo.

DECEPCION.

Ni se donde me estoy, ni que me hago,
Fuego mis venas son, fuego mi aliento;
Yo mismo mis entrañas me desbago;
Mi infierno es ¡ay de mí! mi pensamiento.

El buitre que su sed de sangre ardiente
Cebó de Prometeo en las entrañas,
Su uña de hierro me inca, y en mi frente
Siento el peso cargar de cien montañas.

Ansias, angustias, penas y dolores,
Y afanes y pesar, son mi alimento,
Cuanto inventó el infierno en sus horrores,
Otro tanto á la vez en mi alma siento.

Si la vida es un mar de ondas oscuras,
Do nunca un iris bonancible raya,
Harto yo me arrastré por sus honduras;
Olas lanzadme á la desierto playa.

Allí de mas la sombra se concentre,
Do el silencio y la paz mustios habiten;
Donde ni aun aire que aspirar encuentre,
Ni acentos haya que mi inercia irriten.

Aislado allí, cual monte en la vereda,
Sin sentir ni pensar, al mundo muerto,
Sin que aun mi sombra perseguirme pueda,
Quiero gozar la calma del desierto.

Sin sentir ni pensar; lejos mujeres
Con vuestros senos que de amor palpitan,
No quiero hartarme mas de unos placeres,
Que al que los goza mas, mas hambre escitan.

Lejos vosotras de placer y gloria
Blandas quimeras que halaganis is sueños,
Dejad que en paz descanse mi memoria,
Que harto buñasteis su infantil empeño.

Solo vosotras, sombras soñolientas
Que habitais de las tumbas las moradas,
Las que del peso de la vida exentas
A un insomnio eterno sois condenadas.

Las que en la losa del sepulcro frio,

Sobre adelfa y ciprés doblais la frente,

Y de los muertos el silencio umbrío

Haceis que nadie á perturbar intente.

Vosotras sola vuestra sombra triste.

Dad á mi sien y vuestra inerte calma,

Y mientras el cuerpo al padecer resiste,

En vuestros brazos adormid mi alma.

R. DE SATORRES.

MODAS DE PARIS.

Ya que los altos salones ofrecen en la presente temporada tantas ocasiones de lucir los encantos de la moda en los magníficos y espléndidos soirées que en todos lados tienen lugar, creemos oportuno comenzar este artículo por los trages de baile, dándoles esta preferencia de actualidad sobre los de calle, visita, casa, etc., etc.

Hé aquí dos trages que son dignos del estudio de nuestras modistas.

El primero se compone de un vestido de tafetan de Italia azul claro, con dos faldas; la primera de estas muy larga y ornada de dos volantes lisos de punto de Inglaterra, promediados por la distancia de la altura de uno de ellos; y la segunda caída hasta el último volante, abierta por ambos lados hasta la mitad, guarnecida al rededor así como en sus costados, del mismo punto de Inglaterra, y sembrada de pequeñas margaritas azules puestas con simetría sobre el encage: el cuerpo debe ser liso y muy escotado; y los manguitos guarnecidos también de blonda. Completa este traje una corona de margaritas azules en la cabeza.

El segundo de damasco azul, también de dos faldas, de las cuales la segunda no descenderá por detrás mas que hasta la mitad del vestido para venir á caer por delante formando puntas y hasta la costura del aldar. Una y otra falda estará guarnecida de blonda, y en las extremidades ó puntas que la mas alta forma en la parte delantera, se colocarán tres ramilletes de rosas. Mangas cortas, cuerpo escotado y de peto. En la cabeza un ramillete de rosas rodeado de espigas de plata.

Por el traje de calle que vamos á describir á nuestras lectoras, se comprenderá que la pasamanería está muy lejos de acabar su boga. Consiste este en un vestido de raso verde caído y ornado de cinco filas de rica pasamanería, terminadas por borlas y dispuestas á través de la falda: cuerpo cerrado, talle redondeado, y guarnecido también de dos franjas, guardando el

mismo orden que en el vestido; mangas lisas, con jockeis abiertos y ornados de pasamanería y borlas. Hemos visto otro traje de calle que creemos digno de darlo á conocer á nuestras lectoras. Consta este de un vestido de cachemira oscuro, adornado en la parte delantera de cuatro tiras de terciopelo del mismo color, dispuestas de un modo caprichoso y separadas por una fila de gruesos botones de seda; cuerpo liso cerrado y adornado tambien de terciopelos que descendan del hombro al talle; mangas lisas, con jockeis y paramentos ornados de dos tiras de terciopelo.

Tambien la peletería sigue todavia siendo uno de los requisitos mas indispensables de todo buen traje de calle. Aunque el frio no está muy avanzado es bueno vivir prevenidos y por eso no cesaremos de recomendar á nuestras lectoras este elegante medio de abrigo. Sus pechos son débiles, la constitucion de las niñas, *come il faut*, suele ser muy delicada y hasta enfermiza y los aires de Madrid mas á propósito para engendrar una pulmonía, que para otra cosa. Por eso pues deben acudir á esos puros y nevados armiños y á esas imperiales martas cibelinas. Pero cuidado con equivocarlás con las pieles de gato, de conejo ú otras semejantes, que se os venderán en algunas tiendas de modistuelas, y se os querran hacer pasar como otra cosa. Id siempre á las tiendas de lujo y pagadlo bien si quereis vestir con gusto y elegancia y no ser la burla de los conocedores.

Entre otras cosas en que se usan de rigor las pieles, son dignas de mencion las mantelitas de terciopelo guarnecidas de martas ó armiños, las cuales han sustituido ya decididamente á los *redingotes* de raso.

Es grande la boga que tienen en el dia los damascos, entre los cuales sobresalen los que son aterciopelados. Sientan estos maravillosamente con las largas tiras de terciopelo que hemos dicho antes. Es de advertir que

los trages de damasco deben ir sin guarnecer y que deben tener un vuelo inmenso, y el talle muy largo por detrás.

Sabido es que los accesorios suelen ser á veces, cosas indispensables, para que reine en todo una completa armonía, sin la cual dejan de ser los trages una verdadera obra del arte. ¿Quien por ejemplo prescindirá en un traje de baile de los magníficos brazaletes que se usan en el dia? En vano vestireis un rico traje, llevareis un hermoso tocado, si dejais desairado el brazo, y no viene á caer sobre el guante uno de los lindos brazaletes de oro que lleva la moda. En esto como en todo hay gran variedad pero sin embargo citaremos algunos á nuestras lectoras, para que no se dejen engañar por ciertas apariencias, con mengua de la buena reputacion de *dilettantis* que puedan tener. El brazalete enriquecido de diamantes es siempre una cosa de lujo, pero al lado de este campean sin descrédito el brazalete *sentimental*, que contiene cabellos, y el brazalete *touriste*, que nosotros pudieramos llamar viajero, aunque no con toda propiedad.

Concluiremos recomendando los pañuelos de mano llamados *sultanes* que son tambien un indispensable requisito de todo traje de buen tono.

EPÍGRAMAS.

I.

El reloj de Irene bella
Anda de un modo fatal,
Y en medio de que anda mal,
Anda mejor que no ella.

II.

Acabando de alquilar
Una magnífica casa.
Dijo á su mujer Gaspar,
Ya que no hemos de pagar,
Vivamos anchos, Tomasa.

MIGUEL AGUSTIN PRINCEPE

EL PENSIL DEL BELLO SEXO sale á luz todos los domingos, y los precios y demás condiciones de suscripcion son los siguientes:

MADRID.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR.
Un mes. 5 rs.	Un mes. 7 rs.	Un mes. 40 rs.
Tres. . 43	Tres. . 20	Tres. . 28
Seis. . 24	Seis. . 36	Seis. . 54
Un año. 44	Un año. 70	Un año. 100

Los que además, del periódico y del figurín mensual, quisieren recibir tres figurines mas y un patron pequeño cada mes, con otro patron grande cada dos meses, abonarán por trimestres adelantados en Madrid 34 rs. vd. y 41 en las provincias, franco de porte.

Los figurines sueltos se expendrán á 3 rs. para Madrid en la puerta del Sol, número 8, tienda.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán francos de porte al empresario capitalista D. Antonio Gutierrez de Leon, calle de Sta. Clara, número 8, cuarto principal.

MADRID:—1845.

Imprenta de D. José de Rebolledo y compañía.
Calle del Fomento, número 15.